

LOS BARBAROS EN EL CAPITOLIO

EL obispo de Murcia, don Javier Azagra, recibía el pasado 30 de septiembre una insólita visita en su palacio episcopal. Se trataba de una comisión del Partido Comunista con la no menos insólita pretensión de que se oficiara un solemne funeral por las víctimas del accidente de Quintanar, miembros del Partido que regresaban de un acto organizado por el mismo. Y que a ese funeral siguiera un multitudinario entierro y manifestación en el cementerio católico de Murcia.

Monseñor Azagra podría recibir a esa comisión aprovechando la feliz circunstancia de no haber sido él mismo liquidado años antes, junto con otros once obispos y más de quince mil eclesiásticos, a manos de camaradas del mismo Partido. Ya el palacio episcopal y la catedral murciana habían recibido a otros grupos comunistas en el verano de 1936 con intenciones y objetivos más expeditivos.

Cabría pensar que el Dr. Azagra, indignado ante tal irrupción y pretensiones tales, los habría arrojado airadamente de aquel recinto. O que, atemorizado por su presencia, habría llamado en su auxilio a quienes pudieran defenderlo.

Cabría también suponer que, con ánimo más tranquilo y paciente, habría recordado a los visitantes que el comunismo se coloca por sí mismo *fuera de la Iglesia* al profesar un ateísmo expreso, y se sitúa *contra la Iglesia* al afirmar que la religión es un producto de la opresión económica que ha de ser eliminado, al modo como lo que está siendo en los países donde domina. Que, además, ha sido expresamente condenado por diversos pontífices, especialmente por Pío XI que lo juzgó «intrínsecamente perverso». Que, por lo mismo, todo adherido formalmente al Partido Comunista está excomulgado —es decir, fuera de la Iglesia— *latae sententiae*, es decir, por su propio acto, sin necesidad de condenación personal expresa.

Cabría imaginar, incluso, que, apurando la caridad y considerando la ignorancia de muchos de sus miembros, hubiera autorizado funerales individuales por petición de sus familiares. Pero dejando bien claro que a un grupo comunista *como a tal*, por muertos precisamente en acto de servicio al comunismo, jamás.

Lo que no cabe imaginar es que admitiera diálogo alguno con semejante representación y sobre tales propósitos. Se trataría de

una burla a la disciplina eclesiástica, de un acto impío, escandaloso y aún sacrilego.

Sin embargo, hete aquí que el prelado recibió a la comisión y no sólo dialogó con ella, sino que le ofreció la propia catedral y el cementerio de Nuestro Padre Jesús, así llamado, para tan edificante acto. Y a sí mismo, como obispo, para celebrar la «Eucaristía» con treinta sacerdotes más para concelebrarla, no sabemos si levantando en su momento la mano para consagrar o el puño para amenazar. Parece que los organizadores del acto no pidieron que se tocara la Internacional en el momento de la consagración, reservándola para el de la inhumación.

Así fue. Banderas rojas con la hoz y el martillo en el interior del templo y cubriendo

los féretros. Y Carrillo en la presidencia pensando, seguramente, si no sería esta mejor venganza que la que hubiera supuesto eliminar a la totalidad de los sacerdotes y de los creyentes en aquella gran ocasión suya, la de Paracuellos. Después, en el Campo Santo, masiva profanación de las cruces y de los sepulcros cristianos al entonar, puño en alto, la Internacional.

Llegados a este punto, cabe imaginar en el prelado de Murcia, no horror ante estos espectáculos, sino ese regusto morboso, esa delectación que el progresismo ha inspirado en sus adeptos hacia los actos de abajamiento ante los enemigos de la fe o de aniquilación de cuanto la Iglesia ha sido y ha creído. Lo que empezó por «apertura» hacia el

Mundo y la Democracia culmina ya en formas refinadas de «cristimarxismo». Cuando la Iglesia deja de creer en su fin sobrenatural (en que «Mi reino no es de este mundo») busca situarse entre los poderes de éste, entre los que juzga con mayor porvenir.

A don Javier Azagra, obispo de Murcia, le ha tocado rizar el rizo en esa subversión profanadora de todo lo santo, y ningún record resulta desdeñable. En su sentido negativo ya lo habían rizado sus colegas del País Vasco al prohibir funerales públicos por quienes ofendieron en nuestra guerra su vida por la fe y por la Patria o por las víctimas del terrorismo rojo. Pero faltaba la apoteosis final: las solemnes honras fúnebres por sus verdugos, por los enemigos de la fe: la irrupción de los bárbaros en el Capitolio, de los comunistas a banderas desplegadas en el templo de Dios. Los frutos de desprecio a la Iglesia por parte de quienes siempre la combatieron y de alejamiento de la misma por la de muchos de sus fieles hijos serán abundantisimos.

Unión Seglar no eleva ya su protesta por estos actos inauditos porque es consciente de que no existe, en España al menos, autoridad que la acoja para hacerle justicia. Pretende sólo elevar su voz a lo Alto en demanda de perdón para quienes «no saben lo que se hacen», y al pueblo fiel para que mantenga su fe y la libre de quienes deberían ser sus guardianes.

P. González

